

EL MARXISMO DE JOSÉ CARLOS MARIATEGUI Y SUS REFLEJOS EN AMÉRICA LATINA

Francisco Ercilio Moura¹

Universidad Estatal de Ceará. UECE. Brasil.

Resumen

El debate en América Latina sobre las cuestiones del marxismo y la influencia del pensamiento de José Carlos Mariátegui, a partir del último decenio del siglo pasado, se nutrió sobre la base del ideario anti imperialista ya señalado por Mariátegui y presente en los 7 ensayos de interpretaciones de la realidad peruana, cuyo germen permitió la identificación de las categorías sociales y políticas presentes en el pensamiento crítico, como vectores para la construcción de una nueva identidad cultural y política latinoamericana en siglo XXI.

Introducción

Este trabajo busca reflexionar sobre la importancia en América Latina del pensamiento de Mariátegui en línea con la teoría crítica que influyó positivamente y de manera inaugural en el debate contra las formas de colonialismo cultural latinoamericano. En este sentido, el peruano José Carlos Mariátegui, un pensador que en las condiciones históricas de su tiempo, asumió las tareas de interpretar y orientar proyectos políticos que luego inspirarían luchas, movimientos sociales y nuevos pensadores en la búsqueda de descolonización política, cultural y social en el sub continente. Comprender las relaciones de dominación afectadas por los poderes coloniales y que persisten tras la abolición formal de este tipo de dominación política y social, ha sido una tarea a la que se han colocado las llamadas teorías poscoloniales, con un enfoque centrado en las diversidades subregionales y nacionales que no siempre son armoniosas entre sí. Sin embargo, tales teorías partieron de un enfoque común, que es el marxismo crítico y heterodoxo, buscando comprender los nuevos fenómenos nacionales y culturales de la segunda mitad del siglo XX, al unisono con las luchas libertarias para la independencia de las ex colonias en África y Asia.

En América Latina, de manera aparentemente diferente, las luchas nacionales libertarias al consolidarse -con algunas excepciones -, ya en el siglo XIX habrían superado el estatuto colonial y por ello tendrían que, de entrada, abordar los problemas de consolidación de las nuevas Repúblicas. Las miradas más crítica a la región, a partir del siglo XX, sugieren que la situación política latinoamericana debe de ser considerada tomando en cuenta escenarios ahora determinados por el sistema capitalista globalizado. Este análisis, desarrollado a fondo en las teorías de la dependencia de la década de 1960, tuvo un antecedente importante en las interpretaciones del peruano José Carlos Mariátegui. Neste sentido, tuvo un papel inaugural en la acción política y crítica de los movimientos políticos de izquierda, inspirados en la revolución cubana y sus vínculos con los países del Tercer Mundo, dando lugar a los nuevos procesos reformistas, tanto anticoloniales como antiimperialistas. Es en esta perspectiva que destacamos los puntos de contacto entre el pensamiento social latinoamericano y los

¹ Doctorado en Ciencias Sociales y Sociología por las Universidades Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú y por la Universidad Federal de Ceará; Profesor de la Maestría Académica del MASS-UECE, y miembro del Consejo Consultivo de la Cátedra José Carlos Mariátegui.

análisis poscoloniales desarrollados en todo el mundo, desde la década de 1960, buscando comprender, en principio, la originalidad de estos pensadores para luego recuperar sus principales aportes al debate académico y político actual, Mignolo (2005).

En esta perspectiva, queremos resaltar los puntos de contacto entre el pensamiento social latinoamericano y los análisis poscoloniales desarrollados por los principales académicos en todo el mundo, desde las últimas décadas del siglo XX, buscando comprender, en principio, la originalidad de estos pensadores para luego recuperar sus principales aportes.

La importancia del marxismo de Mariategui

Desde la década de 1920, parece que tanto la difusión del marxismo como la constitución de una cultura marxista (teórica y política) en América Latina no se han revelan como un proceso único e idéntico; por el contrario, expresa la realidad de un subcontinente que involucra orígenes sociales muy diferentes, países con un desarrollo muy desigual de sus fuerzas productivas, diferentes estructuras de clase e instituciones sociopolíticas, problemas étnicos y culturales específicos y diferentes inserciones internacionales.

A lo largo del siglo XX, América Latina registró experiencias políticas muy peculiares que la marcaron profunda y diferentemente: grandes insurrecciones antioligárquicas, victoriosas o no (México, 1910; El Salvador, 1932; Bolivia, 1952), intentos más o menos exitosos de modernización social bajo regímenes dictatoriales (en Brasil, Vargas, 1930/1945, y en Argentina, Perón, 1946-1955), guerra civil (Costa Rica, 1948), procesos revolucionarios que se orientaron hacia el socialismo, victoriosos o no, contra el orden o dentro del orden (Cuba, 1959; Nicaragua, 1979; Chile, 1970-1973), luchas guerrilleras (en prácticamente todo el subcontinente, en la década de 1960) que persisten hasta el día de hoy (Colombia), breves episodios democratizadores de las Fuerzas Armadas, Perú en 1968; Bolivia, 1971), dictaduras extremadamente corruptas durante mucho tiempo (en Paraguay, 1954-1989, en Nicaragua de la era Somoza, intermitentemente entre las décadas de 1930 y 1979, y en Haití de los Duvaliers, 1964-1986) y, finalmente, las dictaduras del gran capital erigidas en el Cono Sur bajo la égida de la "doctrina de seguridad nacional" (Brasil, Chile, Uruguay y Argentina) entre 1964 y 1985, cuyas distintas crisis culminaron, en la década de 1980, en movimientos de democratización muy particulares (Lowi 1999).

Es comprensible, por tanto, que una unidad latinoamericana efectiva sólo pueda pensarse como no identidad, sino como unidad de lo diverso. Esta unidad latinoamericana es un proceso en construcción, que tiene como base objetiva el hecho de que las masas trabajadoras del subcontinente tienen los mismos enemigos: el imperialismo (especialmente, pero no exclusivamente, el norteamericano) y las clases dominantes nativas, las asociadas con ello. Y es, por tanto, comprensible que no se pueda hablar de un marxismo latinoamericano: desde la década de 1920, el desarrollo del pensamiento crítico y marxista en América Latina estaba y siguen estando, a la entrada del siglo XXI, ampliamente diferenciado, diferenciación que no evade rasgos y elementos comunes.

Si los primeros ecos socialistas resonaron en América Latina tras las revoluciones europeas de 1848, es a partir de la década de 1880 que las ideas de Marx y Engels llegaron al subcontinente - el mexicano Juan de Mata Rivero (1838-1893) publicó el

Manifiesto del Partido Comunista en 1884 y el argentino Juan B. Justo (1865-1928), pensador y líder socialista identificado con la Segunda Internacional, tradujo el libro I del Capital en 1898. En varios países, activistas y pensadores contribuyeron a crear las condiciones para las florecientes ideas marxistas: en Colombia, por ejemplo, se cita a Luís Tejadas (1898-1924); en Brasil, Silvério Fontes (1858-1928) y Euclides da Cunha (1866-1909); en Chile, Luís Emílio Recabarren (1876-1924); en Uruguay, Emilio Frugoni (1880-1969); en Cuba, José Martí (1853-1895), Diego V. Tejera (1848-1903) y Carlos Baliño (1848-1926). Pero las ideas marxistas de esa época no constituían más que un vector de un universo político-ideológico complejo y heterogéneo, conformado por un caldo de cultivo que involucraba los componentes ideológicos más heterogéneos del pensamiento anticapitalista (Lowi, 1999).

En la década de 1920, la organización autónoma del movimiento obrero dio sus primeros pasos; es entonces cuando se fundan los partidos comunistas y hay una mayor difusión de algunos materiales de Marx y Engels (en la primera mitad de la década, están disponibles en castellano, además de los dos textos ya mencionados, la Misericordia de la Filosofía y del socialismo utópico al socialismo; en Brasil la primera traducción del Manifiesto se remonta a 1924; en la segunda mitad, circulan por todo el subcontinente textos de Marx y Engels y también de Plejánov, Lenin, Trotski, Bujarin (Lowi 1999). Sólo entonces el marxismo comienza a emerger claramente como una concepción teórica y política peculiares.

Luego a partir de la década dos 1920, asistiremos a la consolidación del pensamiento marxismo en América Latina. Escritos de líderes políticos, algunos de los cuales habrían influido durante mucho tiempo en sus partidos comunistas, como el italo-argentino Victorio Codovilla (1894-1970), otros fueron retirados de los partidos que fundaron como resultado de la estalinización de la década de 1930, como el brasileño Astrojildo Pereira (1890-1965) - proporcionó las bases ideológicas para este proceso fundacional, que fue impulsado por varios líderes. Entre estos dirigentes, cabe destacar el protagonismo de Julio Antonio Mella (1903-1929), fundador del PC cubano, obligado al exilio por la dictadura de Machado, bajo cuyas órdenes fue asesinado en México. Mella, brillante organizador y publicista, se destacó por las duras críticas a las que sometió, en 1928, las propuestas del peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), quien creó, en 1924, el APRA (Alianza Popular Revolutionaria Americana, que luego se transformó en el Partido Aprista Peruano). Los primeros intentos de interpretación marxista de las realidades nacionales latinoamericanas son de esta década, de los cuales un ejemplo incipiente se encuentra en Agrarismo e industrialismo (1928), del brasileño Octavio Brandão (1896-1980).

Estos dos temas -la posición de los marxistas frente al imperialismo y el análisis de la realidad latinoamericana- fueron enfrentados en esta década fundacional del marxismo en América Latina por la figura más importante del período, el peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930). Autodidacta de gran talento, Mariátegui asimiló el marxismo durante una pasantía (1919-1923) en Italia y, a su regreso, se dedicó intensamente a una amplia intervención revolucionaria: en el plan de la organización de la cultura, creó la revista Amauta (1926), de impacto continental y repercusión europea y, en términos de organización política, el Partido Socialista (1928, pronto Partido Comunista) y la Confederación General de Trabajadores del Perú (1929). Y toda su intervención fue conducida por una pauta teórico-metodológica que chocaba con el provincialismo intelectual característico de un continentalismo estrecho y sectario, que

exigía una “teoría propia” (o “autónoma”, “específica”) para la comprensión de América Latina: contra Haya de la Torre, que lo acusó de “europeísmo”, afirmó con firmeza la universalidad del marxismo.

Polemizando a partir de 1927 con Haya de la Torre, quien tomó a la pequeña burguesía como sujeto revolucionario por excelencia, dio inicio a la lucha contra el imperialismo y por la construcción del socialismo. Es así que Mariátegui elaboró una concepción de la revolución latinoamericana en la que el antiimperialismo era un componente de un proceso que lo trascendió, es decir, el proceso revolucionario dirigido hacia el socialismo y cuya vanguardia fue el proletariado urbano. Esta concepción subyace en el análisis que ofreció de su país en los Siete ensayos de interpretaciones de la realidad peruana (1928), que permanece hoy como paradigma del “análisis concreto de la situación concreta” marxista, pues rechaza la aplicación de esquemas a priori en la tratamiento de la sociedad (Aricó, 2017) Peruano.

Mariátegui aprendió su particularidad histórica al afrontar con originalidad el problema de la propiedad de la tierra, un problema de las cuatro quintas partes de la población: los indígenas. Todo su esfuerzo analítico fue para esclarecer el proceso de la revolución peruana (para él, de carácter socialista y, en consecuencia, antiimperialista y anticapitalista) que, liderada por el proletariado. Habría tenido como piedra de toque la unidad de los trabajadores con el campesinado. Gracias a la atención de Mariátegui a los trabajadores y a los sectores de la población indígenas, su obra cobró nueva importancia debido a los recientes fenómenos políticos (zapatismo mexicano, acontecimientos en Bolivia y Ecuador) en los que el tema de los “pueblos originarios” se hizo plenamente visible. Sin embargo, la obra de Mariátegui fue severamente criticada por ideólogos vinculados a la Tercera Internacional tras su muerte, sólo para ser debidamente valorada a partir de la segunda mitad de la década de 1950; pero hubo seguidores en su país, como Hildebrando Castro Pozo (1890-1945), estudioso de los problemas andinos (Del ayllu al cooperativismo, 1936), y Ricardo Martínez de la Torre (1904-1969), historiador (Apuntes hacia una Interpretación marxista de la historia del Perú, 1947).

La década de 1920 inscribió las ideas marxistas en la cultura latinoamericana; esta inscripción, sin embargo, no configuró el marxismo en nuestra cultura como un componente consolidado.

La construcción del marxismo.

Entre principios de los años treinta y mediados de los cincuenta, el marxismo se convertirá en un referente indispensable en el conjunto de la cultura política latinoamericana, aun teniendo en cuenta el nivel desigual de su desarrollo en los distintos países del subcontinente. Así lo atestiguan en el primer tercio de la década de 1950 la amplia gama de personalidades del mundo de la cultura que, en todos los países del subcontinente y más allá de la acción estrictamente política, vincularon sus nombres al marxismo (unos años después, conmocionados por las revelaciones hechas por N. Krushev en el XX Congreso del PCUS, muchos de estos científicos, poetas, escritores, arquitectos, pintores y artistas se trasladaron a otros espacios del espectro político-ideológico). El marxismo, en ese momento, tenía una verdadera fascinación por lo mejor de los intelectuales latinoamericanos; recordemos el chileno Pablo Neruda (1904-

1973), el brasileño Graciliano Ramos (1892-1953) y los cubanos Juan Marinello (1898-1977) y Nicolás Guillén (1902-1989).

En la base de esta consolidación del marxismo están los procesos mundiales (el fascismo europeo y su resistencia, la guerra civil en España, la Segunda Guerra Mundial y el protagonismo de la Unión Soviética, la Revolución China y el inicio de la lucha anti-colonial en Asia y en África) y procesos endógenos a las sociedades latinoamericanas (migraciones, industrialización, urbanización), que han estimulado nuevas luchas sociales y que permitieron intensificar la influencia de esos partidos comunistas. Por otro lado, hay que considerar que la circulación de las publicaciones marxistas experimentó en este período un enorme crecimiento cuantitativo y un verdadero salto de calidad: desde finales de los años veinte y principios de los treinta, la documentación difundida por las editoriales Bureau d'Éditions y Éditions Sociales Internationales (Francia) y Cenit y Europa-América (España) permitió descubrir más obras de Marx y Engels, de exponentes bolcheviques y revolucionarios europeos; y también, desde la década de 1930 en adelante, ha habido un crecimiento, en gran parte del subcontinente, de actividades editoriales autóctonas centradas en la literatura marxista y con producciones nacionales.

Cabe destacar, en este contexto, a partir de la década de 1940, la importancia de la producción editorial mexicana, estimulada, incluso, por la emigración de republicanos españoles: la presencia del editor Juan Grijalbo (1911-2002, quien en la década de 1950 divulgaría innumerables Manuales soviéticos) e intelectuales como Wenceslao Roces (1897-1992, traductor de Marx y clásicos de la filosofía) contribuyeron a hacer de México un centro de difusión del marxismo. En otros países, también, la llegada de pensadores europeos no marxistas avivó el debate: este fue el caso de Argentina, con las polémicas animadas por el italiano Rodolfo Mondolfo (1877-1976), quien se instaló allí en 1938.

El interés de los marxistas latinoamericanos por la historia no se puede separar de un tema sumamente controvertido, que ya había aflorado en la obra de Mariátegui, es decir, la cuestión del modo (s) de producción actual en América América Latina, un tema con clara e evidentes implicaciones políticas en las estrategias comunistas que duraron hasta la década de 1970. Ya en los años que nos ocupa, este problema aparece claramente, con algunos historiadores marxistas defendiendo la plena validez del modo de producción capitalista y otros sosteniendo la fuerte heterogeneidad de las relaciones pre capitalistas ("feudales" o "semifeudales"). Entre los primeros, el brasileño Caio Prado Jr. (1907-1990), autor de una obra fundamental (La evolución política de Brasil, 1933; La formación del Brasil contemporáneo, 1942; La revolución brasileña, 1966), quien, en 1945, en su historia económica de Brasil defendió la tesis —siempre reafirmada por él— de que el proceso de colonización fue, desde su origen, una empresa mercantil y que las relaciones propias de la producción de bienes eran secularmente dominantes en el país. Siguiendo la estela de Prado Jr., un científico social independiente, el argentino Sergio Bagú (1911-2002), interpretó la historia argentina en una nueva clave (Economía de la sociedad colonial, 1949 y Estructura social de la colonia, 1952); El trotskista chileno Marcelo Segall (1920-1991) también trabajó de manera similar, con su Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco estudios dialécticos (1953). El contrapunto a las tesis de Caio Prado Jr., en Brasil, recayó en un historiador de obra monumental, Nelson Werneck Sodré (1911-1999): militar comunista, intelectual de amplios horizontes culturales y autor de más de cincuenta libros (entre ellos una notable historia de la literatura brasileña y una historia pionera de la prensa

en Brasil), Sodré apoyó sus tesis especialmente en la formación histórica de Brasil (1962), Introducción a la brasileña revolución (1962), Historia de la burguesía brasileña (1964) y Capitalismo y revolución burguesa en Brasil (1990). En Chile, Hernán Ramírez Necochea (1917-1979), que defendió una posición similar a la de Sodré (Lowi, 1999).

El problema del indio, sin embargo -y aquí cobra impulso la crítica de Mariátegui-, quedaría olvidado o permeado por la visión negativa de los intelectuales de la época sobre las estructuras atrasadas en el mundo rural en la región. Por ello, la crítica de Mariátegui a sus contemporáneos positivistas -que Quijano destaca en su Prólogo- denunciaba una imagen del indio "inevitablemente mutilado por su indecisa diferenciación de su clase con los señoriales terratenientes", que guiaba a estos intelectuales "a discutir exclusivamente el problema". en términos culturales, y en particular morales y educativos "(Quijano, 2014, p. 215).

Sin embargo, el diagnóstico del problema del indio, que situó a Mariátegui en campos distintos a sus contemporáneos liberales, también lo expuso a profundos debates con los socialistas de la época, ya que permeó en estos intelectuales el impacto reciente del nacionalismo en Europa Central. El papel definitivo de los campesinos para consolidar el proyecto nacionalista pan-eslavo de la oligarquía.

Se sabe que el nacionalismo de los pueblos minoritarios eslavos de Europa Central, a mediados del siglo XIX, desató un futuro debate sobre el papel de los trabajadores y campesinos eslavos en las acciones revolucionarias de 1848-1849, que favorecieron los regímenes nacionalistas autocráticos. Así, la fuerte condena de Marx y Engels a tales acciones iniciaría una polémica fundamental en el pensamiento de izquierda sobre la cuestión nacional: saber en qué medida un movimiento de identidad nacionalista obstaculizaría o no la emancipación de las clases trabajadoras, cuando lo que proponían los revolucionarios era la articulación internacional del proletariado.

En América Latina, el debate sobre la cuestión nacional también repercutió en el discurso de la izquierda y en la propuesta revolucionaria pós Revolución Soviética, a veces por la perspectiva antiimperialista de Lenin, a veces por el sesgo de una revolución por etapas y desde un frente amplio que el Komintern impuso posteriormente, no siempre en contrapunto al antiimperialismo.

Nos interesa destacar el análisis de José Carlos Mariátegui, porque a pesar de las orientaciones soviéticas y sin perder el sesgo del análisis crítico de izquierda, el autor impuso una interpretación de la realidad local y el papel de los indígenas en la revolución socialista latinoamericana. De esta forma, frente a los cánones interpretativos del Komintern, Mariátegui pudo incidir, muchas décadas después, en las nuevas luchas libertarias y por la descolonización en la región.

En 1929 en "Punto de Vista Antiimperialista", texto de referencia que marca la posición del autor frente a la demanda de los PC en América Latina de construir un Frente Unido en los países de la región, Mariátegui se pregunta al principio: ¿Hasta qué punto puede la situación de las repúblicas latinoamericanas ser similar a la de los países semicoloniales?. La pregunta del autor peruano plantea la cuestión de si la burguesía latinoamericana es capaz de una reacción nacionalista como la burguesía de la china. Y él responde que las burquesias locales en América Latina al entraren en cooperación con el imperialismo se sentirán mimetizadas y subordinadas al poder político dominante como para preocuparse seriamente por la soberanía nacional.

La especificidad histórica de América Latina, que aunque independiente, apoya la mentalidad no nacionalista de sus élites, como las dolencias de la ideología colonial y proimperialista, fue la base desde la cual Mariátegui asumió la tarea de pensar su propio modelo latinoamericano de las luchas libertarias en la región, con supuestos que influirían en los movimientos insurgentes campesinos indígenas de la segunda mitad del siglo.

Estas tesis se desarrollan en los "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" (Mariátegui, [1928], 2007), en los que el autor propone una nueva lectura de la realidad peruana -que podría ser la de América Latina-, tratando de articular una explicación que, a partir del análisis económico y de la organización política y administrativa regionalista del país, termine abordando problemas de educación, religión y producción literaria, y se centre en el aspecto que, según las nuevas reinterpretaciones de los Ensayos, ha sido la más recuperada, es decir, la interpretación original que hizo del problema agrario, o de la tierra, y la cuestión del indio los nuevos paradigmas para la construcción de los Estados plurinacionales andinos.

Consideraciones finales

Como profundo estudioso del marxismo, pero sin una lectura ortodoxa -que no le ahorró críticas, pero también le garantizó elogios-, Mariátegui buscó pensar en un programa revolucionario en un país con una fuerte presencia campesina-indígena, donde las fuerzas productivas, bajo el control predominante de una oligarquía terrateniente, no se desarrollaron lo suficiente para formar una burguesía dinámica o un proletariado revolucionario sólido. Este es fue el desafío que enfrentó Mariátegui en los Ensayos: mostrar que el germen de la revolución, además de existir en el proletariado, también estaba latente en el campesinado indígena, y que esto debe ser interpretado no solo en la creciente organización política de la década de 1920, pero principalmente en la estructura comunitaria del ayllu que aún se conserva.

En este escenario, en los Siete Ensayos, Mariátegui formula otra de sus originales interpretaciones de la realidad peruana, que es útil para otros países de la región, ya que aquí conviven diferentes tiempos productivos sin profundas contradicciones, mostrando que la economía comunitaria está subsumida a producción semifeudal que, a su vez, se articula de manera subordinada con la lógica del capitalista en fase monopolica. Así, la regularidad histórica/secuencial observada en Europa occidental, en la que un modo de producción sería superado por otro, se manifiesta en el caso peruano como un conjunto de varias modalidades productivas articuladas funcionalmente con el capitalismo internacional.

La conclusión de Mariátegui no podía ser de otra manera, inspirando así futuras acciones libertarias latinoamericanas y contribuyendo a las nuevas teorías poscoloniales, de que la lucha del proletariado y la pequeña burguesía contra el capitalismo no debe separarse de la lucha del campesino contra el latifundio, y que estas disputas serían tanto luchas antiimperialistas como la base de la revolución indoamericana en el continente. Con esto, Mariátegui, desafiando los lineamientos de la Tercera Internacional, defendería la tesis de que era posible abandonar el modelo estereotipado de la revolución y desarrollar un socialismo indoamericano a partir de la compleja estructura social existente en América Latina.

Finalmente, si bien el proyecto de Mariátegui no se encuadró en los términos ahora discutidos por las teorías poscoloniales o por las luchas por la descolonización, la modernidad de la interpretación de los siete ensayos muestra su vigor al contribuir al debate aún inconcluso sobre el Socialismo del Siglo XXI en los países andinos. Países como Bolivia y Ecuador, en los que el indígena-campesino asume el rol central de sujeto histórico - la solución del problema del indígena debe ser una solución social, cuyo componente decisivo del cemento social, será el nuevo proyecto de Estados en moldes plurinacionales.

Referencias bibliográficas:

Aguilar, Luis E. El marxismo en América Latina. Filadelfia: Temple University Press, 1977.

Aricó, José. Dilemas del marxismo en América Latina: Antología esencial/, Clacso, 2017.

Beorlegue, Carlos: Historia del pensamiento filosófico latinoamericano: una búsqueda incesante de identidad. Universidad de Deusto, Bilbao, 2010.

Fernandes, Florestan. Prólogo a Siete ensayos para interpretar la realidad peruana. 1er Ed. São Paulo. Ed. Alpha-Omega. 1975.

González, P. Guadarrama (ed.). Despojado de todo fetiche. Autenticidad del pensamiento marxista en América Latina. Bogotá: Universidad INCCA / Universidad Central de Las Villas, 1999.

Hobsbawm, Eric J. (ed.). Historia del marxismo. El marxismo en la Tercera Internacional. Turín: Einaudi, 1981.

Liss, Sheldon B. El pensamiento marxista en América Latina. Berkeley: Prensa de la Universidad de California, 1984.

Löwy, Michael (ed.). El marxismo en América Latina. Una antología desde 1909 hasta la actualidad. S. Paulo: Fundación Perseu Abramo, 1999.

Mariátegui, José Carlos. Cartas de Italia. Lima. Ed. Amauta. 1969.

_____ Editorial Amauta: Cumpleaños y equilibrio. N. 17. Lima. Septiembre de 1928.

_____ Historia de la crisis mundial. Lima. Ed. Amauta. 1959.

_____ *La escena contemporánea*. Lima. Ed. Minerva. 1925.

Mignolo, Walter D. Colonialidad de la cabeza a los pies: el hemisferio occidental en el horizonte conceptual de la modernidad. En: LANDER, E. (Org.). La colonialidad del conocimiento: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: Clacso, 2005.

Nuevas reflexiones sobre la idea, la "idea de América Latina": la derecha, la izquierda y la opción decolonial. Cuaderno CRH, vol. 21, n. 53, pág. 237-250, 2008.

Quijano, Anibal. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: LANDER, E. (Org.). La colonialidad del conocimiento: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires: Clacso, 2005.

_____ Cuestiones y Horizontes. De la Dependencia Histórico-Estructural a la Colonialidad/Descolonialidad del Poder. Buenos Aires: Clacso, abril de 2014.